

El relato de Marcos no nos describe solamente la curación de un ciego en las afueras de Jericó. Es además una catequesis elaborada con mano maestra, que nos invita al cambio y nos urge a la conversión.

La situación de Bartimeo está descrita con rasgos muy cuidados. Es un hombre ciego al que le falta luz y orientación. Un hombre sentado, incapaz de caminar tras Jesús. Un hombre al borde del camino, descaminado, fuera del camino que sigue el Maestro de Nazaret.

El relato nos descubrirá, sin embargo, que en este hombre hay todavía una fe capaz de salvarlo y de ponerlo de nuevo en el verdadero camino. «Recobró la vista, y lo seguía por el camino».

Hay casi siempre un momento en la vida en que se hace penoso seguir caminando. Es más fácil instalarse en la comodidad y el conformismo. Asentarse en aquello que nos da seguridad, y cerrar los ojos a todo otro ideal que exija verdadero sacrificio y generosidad.

Cuántos hombres y mujeres se instalan así en la mediocridad, renegando de las aspiraciones más nobles y generosas que surgían en su corazón. No caminan. Su existencia queda paralizada. Viven «junto a lo esencial», ciegos para conocer lo que podría dar una luz nueva a sus vidas.

Esta es la buena noticia del evangelio. Dentro de cada uno de nosotros hay una fe que nos puede todavía hacer reaccionar y ponernos de nuevo en el camino verdadero.

¿Qué hay que hacer? Gritar a Dios. Concentrar todas las energías que nos quedan para pedir a Dios, desde lo más hondo de nuestro ser, su luz y su gracia renovadora.

Podríamos interpretar el evangelio de hoy, a un proceso formativo y pedagógico de Jesús hacia sus discípulos y al ciego Bartimeo.

Entre los valores indispensables para reconstruir un pacto educativo, parece importante detenerse en el valor de la relación educativa. Con las palabras del papa Francisco podemos, de hecho, reiterar que «si bien por un lado no debemos olvidar que los jóvenes esperan la palabra y el ejemplo de los adultos, al mismo tiempo hemos de tener presente que ellos tienen mucho que ofrecer con su entusiasmo, con su compromiso y con su sed de verdad, a través de la que nos recuerdan constantemente que la esperanza no es una utopía y la paz es un bien siempre posible.

Un Filósofo chino de VI siglo antes de Cristo, en un tablita de barro dejó escrito:

Si tus proyectos miran a un año, siembra el trigo,

Si tus proyectos miran a 10 años, planta un árbol,

Si tus proyectos miran a 100 años educa a los jóvenes.

Sembrando el trigo recogerás una vez,

Plantando un árbol recogerás diez veces,

Educando a los jóvenes recogerás cien veces, y otros recogerán después de ti. (Kuan-Tze).

Educación significa devolver a cada persona la conciencia de su propia dignidad, la libertad para mirar al futuro con esperanza comprometida, la capacidad de reconocerse protagonista en la trama compleja de la existencia, personal y colectiva. La educación es el gran reto que la cultura actual lanza a aquellos que creen en el ser humano y en su dignidad. Por eso, también quien se compromete explícitamente en el ámbito de la evangelización, reconoce la urgencia de la educación.

La pedagogía actual subraya que nos educamos juntos y que educar más que transmitir un saber es construir la vida (responder a los desafíos de la vida). El educando no es objeto, sino sujeto de la educación. Como dijo Paulo Freire, “nadie educa a nadie, nos educamos juntos”. La educación no consiste tanto en transmitir, sino en construir juntos: una vida con sentido, la felicidad, las respuestas a las preguntas fundamentales.

Educar para ser protagonistas; educar en valores; educar a la libertad responsable; educar a profundizar en las preguntas; educar a una vida comprometida y educar a la esperanza, son las seis estrategias operativas, en línea educativa, que favorecen una educación integral que saque lo mejor del joven y para situarnos de este modo en las mejores condiciones para evangelizar a los jóvenes.

Acoger, escuchar y acompañar a los jóvenes son tres actitudes fundamentales para generar esperanza en su vida. La persona que acoge, escucha y acompaña, se convierte en “signo de esperanza”. Trasmite esperanza, no sólo con las palabras, sino sobre todo con su presencia, con su modo de ser y vivir, con su manera de mirar la vida y de tratar a las personas. El germen de esperanza se despierta en un joven cuando percibe que no está sólo, que puede contar con alguien, que su vida interesa de verdad a alguien, el cual está dispuesto a acompañarle en su búsqueda de una mayor felicidad.

Que hermosa es la vocación del Educador. Es formar el presente y proyectar el futuro. Educar, como decía Don Bosco, es cosa de corazón. Que el corazón de cada uno de ustedes pueda siempre palpar de alegría y esperanza por la bella vocación a la cual generosamente han respondido.